**Las víctimas de la Trata de Personas: esclavos en el siglo XXI**

**Fr. Dionisio Báez, O. de M.**

El pasado 23 de septiembre recordamos el Día Internacional contra la Explotación Sexual y la Trata de Personas, esa conmemoración es instaurada por la Conferencia Mundial de la Coalición Contra el Tráfico de Personas en coordinación con la Conferencia de Mujeres que tuvo lugar en Dhaka, Bangladesh, en enero de 1999.

Si buscamos en un diccionario la palabra “esclavo”, nos dirá que es alguien que carece de libertad y derechos propios por estar sometido de manera absoluta a la voluntad y el dominio de otra persona que es su dueña y que puede comprarlo o venderlo como si fuera una mercancía. Eso mismo es lo que sucede con una víctima de la Trata, se le niegan sus derechos y su libertad, pasa a pertenecer a un tratante de esclavos, se convierte en una cosa que puede ser vendida según la oferta y la demanda. Cada año entre 2 y 4 millones de hombres, mujeres y niños engrosan los mercados regionales e internacionales de esclavitud, seres humanos en situación de explotación, espacios en el que se destruye vidas con el tráfico de órganos, la pornografía infantil, niños soldados, servidumbre, mendicidad, matrimonio forzado o prostitución.

Hoy la Trata de Personas tiene múltiples rostros sufrientes como la del niño que trabaja en las minas bolivianas, de la mujer prostituida en las Ramblas de Barcelona, del migrante explotado en las siembras de fresas en Estados Unidos, de la mujer cristiana forzada a contraer matrimonio musulmán en Pakistán, el rostro de aquel que trabaja en la industria textil “Made in esclavitud” de China, las fábricas de ladrillo en la India, del turismo sexual en Tailandia, en las cosechas del cacao en África, en las redes de mendicidad en Roma. La Trata baña de sangre inocente nuestras ciudades, miles de voces imploran por el respeto del derecho a su libertad.

Centroamérica no es ajena a la pandemia de tantas vidas esclavizadas, las redes de tratantes se encuentran entrelazadas con el narcotráfico, las pandillas, la corrupción, aprovechándose de factores de vulnerabilidad como la migración, la pobreza, la violencia o la debilidad institucional de nuestros países. Mucha de nuestra gente se le explota laboralmente en la agricultura, en la construcción, en el servicio doméstico o encontramos a una gran cantidad de mujeres y niñas atrapadas en el submundo del comercio sexual.

El fenómeno de la Trata de Personas debe dolernos hasta en lo más hondo del corazón, pues la Trata destruye humanidad, afea la creación, crea caos, desfigura a los hijos de Dios, es un cáncer que carcome vidas, un infierno que produce solo oscuridad y muerte. Como sacerdote y religioso mercedario que trabaja desde hace más de una década en el tema, me causa una profunda desazón la invisibilización de las víctimas, no las vemos, no las escuchamos, no las rescatamos, las reducimos a un número de estadística, un desaparecido más, un femicidio sin identidad, son los sin rostro, los nadie, son los que están al lado del camino y preferimos rodearlos, tengo tantas cosas importantes y el tiempo es oro para tener que perderlo con un crucificado en el Gólgota de la marginación.

Para todo el equipo de Misión Redentora en Guatemala, ONG mercedaria que lleva adelante, desde hace ya ocho años, el Hogar Sta. María de Cervellón para mujeres sobrevivientes de la Trata, el tener contacto directo con las víctimas nos humaniza, tocamos ahí la carne llagada de Cristo. Tantas historias de dolor que traspasan el alma, cómo no llorar o sentir que el corazón te sangra ante la vivencia de una mujer que la encadenan por meses y le arrancan las uñas de los pies en una tortura sádica; cómo no horrorizarse ante el abuso y violación sistemática de una menor de edad en un bar de prostitución; cómo ser insensible ante el relato de una joven que ha sufrido abuso sexual desde los 6 años de edad; cómo no sentir que te rompes interiormente al escuchar la voz de una adolescente esclavizada que te dice: Dios me odia, solo he venido a sufrir, mejor me hubieran abortado; hemos oído tanto dolor que te hunde en una verdadera pesadilla: violaciones, golpes, hambre, drogas, amenazas, soledad, laceraciones, asesinatos, la lista es larga y por ello causa consecuencias graves en las víctimas: problemas emocionales, traumas psicológicos y psiquiátricos, enfermedades físicas, dependencia de sustancias psicotrópicas, baja autoestima, pensamiento suicida, autolesiones, depresiones, son los estigmas de la Trata que marcan en carne viva a una víctima por el resto de su vida.

Como cristianos que somos, debemos defender la vida y la libertad, no podemos permitir que nuestros hermanos, personas que tienen nombre, identidad, familia, sueños y esperanzas, sean abandonadas en el infierno de la esclavitud de la Trata de Personas. Resuene fuerte la voz de Dios: “¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra” (Gn.4,10).